

mitiva búsqueda después de haber conocido definitivamente los límites verdaderos de su cuerpo *para ser cada vez Alberto Girri*.

A. D. ALTERI

OBRAS - *Eduardo Jorge Bosco*. 2 tomos. Edic. del Angel Gulab, Bs. As. 1952.

Bosco, como alguno de esos romances viejos semiperdidos, plenos de sugerencias, es un artista trunco. Como ellos sí; no un artista inconcluso e ído, sino artista y ya completo, cuyo testimonio ha llegado apenas hasta nosotros.

Su obra no nos es enteramente desconocida. En esta misma revista, antes, en otras apariciones fugaces, la supimos, casi toda póstumamente. Pero siempre fué algún poema aislado, algunas notas breves, nada más. Hoy sus amigos, prenda de tales, han reunido sus muestras en dos tomos esmerados de fraternidad: *Poemas. Relatos. Notas. Estudios sobre poesía y sobre poesía popular*. Una colección de cinco cielitos y una media caña. Su intento de una vida de Ascasubi.

Poeta lírico, con saber de soledad y de muerte, de desolación y de desesperanza, busca la realidad suya, incambiable. "Eso es lo único eterno que de mí mismo, hasta ahora vislumbro. Soledad y silencio... Momentos perdidos al azar, en la contemplación de un tallo... o en el oscilar de una estrella entre la fronda", como nos lo muestra, citado un tanto libremente. Hay en él, siempre concentrado en la poesía, como único clima de vivir, la búsqueda del hombre soledoso, en sí, en la vuelta a su memoria, y, también, en las raíces de ese hombre: paisaje, pasado, casta terrenal. Y esa búsqueda poética, exacerbada en sus notas, en sus ensayos, lo lleva a lo popular, a lo gauchesco, a los versos de payada, abandonado el sabio verso libre por la copla, la milonga, el verso sabiamente consonante, y el soneto y el endecasílabo medido. Esa búsqueda lo lleva al conocimiento de los documentos de poesía gauchesca, al amor de Ascasubi. Y allí se reencuentra a sí, hombre de fervorosa soledad, urbano, más aún buscador de raíces que arraigado, en el otro hombre que no es, en el criollo lindo, guasón y atropellado, todo alarde y entrevero. Algo de más que amor halla frente a ese hombre extraño, que quién sabe en qué medida no era (no podía ser) él mismo. Y el poeta que dice: "Deja que lento el mundo se contemple en tu alma... Lo demás es, se sabe, disolución y muerte"... se deja escapar, al prolongar la vida de Ascasubi: "Resulta confortante escribir la vida de un poeta que entre otros oficios tuvo siempre el de hombre, en una época en que los poetas son meros artesanos... profesionales casi muertos de la palabra. Yo siempre he preferido a los hombres que han vivido intensamente"... Y así como se descubre hombre de dos (¿de cuántas?) esencias, es también el poeta culto, ciudadano, europeo, que en las veces se desgarró en la pampa, en la sentencia de la copla. Escritor atento a su obra, conciente de ella, como dan fe sus notas destinadas a aclararse, "a formar el terreno especulativo de su labor de poeta", como dijo alguna vez al presentarlo otro poeta, muy cercano a Bosco por más de una razón—, el mismo se vislumbra y se señala. Plantado en esa múltiple encrucijada, sabe que su Sebastián Luna, esa voz "ronca y pareja de varón dolorido", ese autor de milongas, ese cantor de guitarra por él inventado, es el nombre del guitarrero que hay en el fondo de su alma. ¿Cuánto de lo no dicho por Bosco se debe a su morosidad y a su afán de definición? ¿Cuánto de ese irse en apurones de que se queja Sebastián Luna, se debe a no haber encontrado su propio límite, obligado a tantos horizontes?

Es sin embargo en su poesía lírica sabia, en su verso libre, con eco de Juan Ramón y algo de Machado, y en algunos de los fragmentos en prosa, donde se lo encuentra más logrado. No sólo por la maestría del

oficio, sino por el hallado pulsar de sus versos, hombre entero: "He aquí lo que se dice un ser humano cóleras y tristezas y pasiones. Un hombre el igual de un dios un universo. Ya le es posible ahora, tranquilo al fin, mirar su doble rostro al viento". El que podría ser su epitafio, con más tristeza. Y esos capítulos incompletos de la vida de Ascasubi, vivaces, poéticos, zafados muchas veces: jugadas de monte, amorios, encuentro de guapos con Quiroga, que sin duda, como en el diálogo de fintas junto al pozo de aguas dormidas, ágiles de vida dicharachera, suenan tal cual la preparación para algo más definitivo.

I. V.

ESTE CAMINO DIFÍCIL - de *Juan Carlos Ferrari*, en el Nuevo Teatro.

Esta obra tiene una virtud fundamental: no interesa su tema. Si el autor expone su intención ejemplificadora apoyándose en la parábola del matrimonio moderno, podía haberlo hecho muy bien hablando de otra cosa, por ejemplo de lo difícil que resulta en esta época mantenerse soltero. Lo cual da lugar a observar una intención más profunda y los detalles de la realización. Creemos notar un llamado desesperado a la sencillez, a la sensatez, a la cordura, a la comprensión, a todo un grupo de virtudes que generalmente se suponen como inexistentes en el medio social en que a cada uno toca vivir, pero que sin embargo deben existir más de lo que uno cree, claro que no en la forma que pide Ferrari. La cobardía ¿no es una forma de la sensatez? Ferrari refiende dichas virtudes contra el desorden mental, contra la falta de coraje para enfrentar la vida, contra la desubicación intelectual que por snobismo, por comodidad aceptan los ociosos para tener la ilusión de que existen. No es que estas ideas simplemente se escapen, emanen del contexto. Los personajes las dicen, algunos de ellos no hacen sino exponer ideas. Lo cual es uno de los defectos fundamentales de la obra, porque parece estar en la mente del autor. Este cree que ciertas cosas deben decirse, luego necesita quien las diga, luego los personajes que ya ha pensado no pueden decirlos porque están ocupados con vivir lo que ha pensado, luego hay que crear otros personajes, que finalmente carecen de personalidad y dan toda la impresión de que sobran; me refiero a Julián el amigo, al viejo, al hermano.

No es que las ideas en sí mismas sean malas: todo lo contrario; pero es que nos parece que no deben sino brotar a la comprensión por obra de la vida en la que están clavadas. Pero esto es una polémica vieja. Lo que interesa destacar son los detalles. El tema ha dejado en libertad a Ferrari para que mostrara algo de lo que sabe sobre cómo vive Buenos Aires. Y allí es bueno. Todos nos reconocemos y conocemos a la gente que conocemos y nos alegra ver que están puestos con clara humanidad, sin afectación, sin la sainetería barata de los que han explotado el "pintoresco" de Buenos Aires. Las escenas de costumbres muestran una capacidad visual inteligente y cálida. No es preciso más que una escena familiar, una comida en un patio, los comentarios entre suspicaces e ingenuos de la gente de psicología más elemental, dos conversaciones intrascendentes de muchachos que somos nosotros, para que salgamos recompensados por el planteo largo, exigente y discutible del tema. Que no queremos discutir, porque no afecta a lo esencial del asunto, y porque pertenecería a ese tipo de discusiones en las cuales toda opinión es legítima, desde la que afirma que si el autor pensara que el ideal es el amor libre no habría conflicto, hasta aquella que afirma que el casamiento debe realizarse sin consultar la voluntad de los que se casen, de tal manera, que no habría ni lugar a que se plantearan cuestiones. De todos modos, parece que Ferrari lo ha encarado con sinceridad aunque algo ingenuamen-